



principio, es necesario se acabe; lo que nace muere, y lo que crece se envejece. Cayó, pues, el reino y gente de los godos, no sin providencia y consejo del cielo, como á mí me parece, para que despues de tal castigo, de las cenizas y de la sepultura de aquella gente naciese y se levantase una nueva y santa España, de mayores fuerzas y señorío que ántes era: refugio en este tiempo, amparo y columna de la religion católica, que compuesta de todas sus partes y como de sus miembros, termina su muy ancho imperio, y le extienden, como hoy lo vemos,

hasta los últimos fines de Levante y Poniente. Porque en el mismo tiempo que esto se escribía en latin, D. Felipe II, rey católico de España, vencidos por dos y más veces en batalla los rebeldes, juntó con los demas estados el reino de Portugal, con atadura, como lo esperamos, dichosa y perpetua: con que esta anchísima provincia de España, reducida despues de tanto tiempo debajo un sceptro y señorío, comienza á poner muy mayor espanto que solia á los malos y á los enemigos de Cristo.

CAPÍTULO VI

Gobierno y administración de los emires en España.

Encargado Abdelaziz del gobierno de España, fijó su asiento en Sevilla, nombrando recaudadores de los impuestos, que por regla general consistían en el quinto de las rentas; creó un consejo ó divan, con el cual compartía la dirección de los negocios de España; estableció magistrados con el nombre de alcaides; dejó á los españoles sus jueces, sus obispos, sus sacerdotes, sus templos y sus ritos, de tal manera que los vencidos no eran tanto esclavos como tributarios de los vencedores, denominándose mozárabes.

El generoso hijo de Muza, Abdelaziz, logró hacerse amar de la viuda del último monarca godo, y con sorpresa de musulmanes y cristianos, los que comenzaron por amantes se convirtieron luego en esposos. Abdelaziz no exigió de Egilona que abrazase el islamismo, la permitió seguir siendo cristiana, y le dió el nombre árabe de *Ommalisam*, *la de los lindos collares*. Desde entónces fueron en aumento las consideraciones del ya tolerante emir para con los cristianos, al paso que se hizo sospechoso á los fervorosos musulmanes, que murmuraban la mansedumbre con que trataba á los pueblos conquistados, tan opuesta al rigor que con ellos había empleado su padre. Suponíanle ya algunos traidor á la fe del islam,

avanzando á decir que en secreto se había hecho idólatra, que así llamaban ellos á los cristianos. Atribuíanlo todo al influjo de Egilona la infiel, mujer ambiciosa y de corazón altivo, y añadian que todas las mañanas colocaba en la cabeza de Abdelaziz, una corona semejante á la que llevaba su primer marido Ruderik el romano, como para incitarle á que se alzara con el señorío de España.

Tales rumores fueron tomando consistencia (dice el historiador Lafuente); pasaron los mares y llegaron hasta el califa Suleiman, sucesor de Walid, hombre orgulloso y sombrío, que irritado ya contra el padre de Abdelaziz, temiendo el resentimiento de sus hijos, emires todos tres, los dos en África y el uno en España, acogió con avidez la acusacion y resolvió deshacerse de todos. La orden de muerte para Abdelaziz la comunicó á los cinco principales caudillos de esta tierra. El primero que la recibió fué Habib ben Obeidad el Fehri, el más fiel amigo y compañero de Abdelaziz. Grande fué la aflicción de Habib. «¿Es posible, exclamó, que la envidia y el odio paguen de esta manera los más gloriosos servicios? Pero Dios es justo, y nos manda obedecer al califa.» Tal era el deber de un musulman sumiso, y Habib se resignó.



Habitaba Abdelaziz una casa de recreo en las afueras de Sevilla; á su lado habia hecho construir una mezquita donde se congregaba el pueblo á la oracion. Resueltos los cinco jefes á ejecutar las órdenes del califa, entraron una mañana en la mezquita, conducidos por Zeyad, cuando el desventurado y desprevenido Abdelaziz rezaba la oracion del alba. Echáronse sobre él los conjurados, y aunque muchos amigos pugnaron todavía por defenderle, acribilláronle con sus lanzas (año 97 de la he-gira, 715 y 716 de J. C.). Cortáronle la cabeza, y enterraron su cuerpo en el patio de la casa. La cabeza alcanforada la enviaron al califa de Damasco. Tocóle á Habib ser el conductor de tan funesto presente. Cuéntase que habiendo llegado Muza al palacio del califa al tiempo que éste examinaba la cabeza de su víctima, tuvo la horrible crueldad de preguntarle: «¿Conoces, Muza, esta cabeza?—Sí, contestó altivamente el anciano walí, la reconozco: la maldición de Dios caiga sobre el asesino de mi hijo, que valia más que él.» Y salió del palacio, y partió para Waltichora, su patria, donde á poco tiempo murió oprimido de pesar. Los hermanos de Abdelaziz sufrieron la misma suerte que él.

Abdelaziz habia gobernado la España con prudencia cerca de diez y ocho meses. En las inmediaciones de Antequera hay un valle que llaman todavía de Abdalaziz, nombre sin duda conservado por los árabes en memoria de aquel desgraciado emir. Ignórase lo que fué de Egi-lona.

No habia nombrado el califa sucesor á Abdelaziz. En su virtud reuniéronse en consejo los principales caudillos, y eligieron walí á Ayub-ben-Habib-el-Gahmi, primo hermano de Abdelaziz, guerrero experimentado y administrador entendido. Trasladó el nuevo emir el asiento del gobierno á Córdoba, como punto más central. Dividió la Península en cuatro grandes partes, con los nombres de Norte, Mediodía, Oriente y Occidente. Visitó á Toledo y Zaragoza, oyó las quejas de los pueblos sobre las injusticias de los alcaides y gobernadores, destituyó á muchos, puso orden en la administracion, y se captó el afecto de cristianos, judíos

y musulmanes. Entre Toledo y Zaragoza, y sobre las ruinas de la antigua Bilbilis, erigió una fortaleza, que se llamó *Calat-Ayub*, casti-lllo de Ayub. Íbanse reparando en lo posible los desastres de la guerra; pero gozó poco tiempo España las ventajas de un gobierno reparador. Depúsole el califa por ser pariente de Muza, y nombró en su lugar á Alhaur-ben-Abder-rahman, llamado comumente el Horr, y Alahor en nuestras crónicas cristianas.

Violento y duro el nuevo emir, hizo pesar una opresion igualmente ruda sobre cristianos y musulmanes. Belicoso y emprendedor, fué el primero que se atrevió á llevar las armas sarracenas del otro lado de los Pirineos, ó por lo ménos el primero que al frente de una expedicion formal franqueó la barrera oriental de aquellas montañas y penetró en la Galia gótica, en aquella Septimania que habia constituido una parte integrante del reino godo-hispano, y que despues de la catástrofe habia tenido que ponerse bajo la tutela de los duques de Aquitania. Habíase refugiado á ella gran número de cristianos de la Península. Difundió el Horr el espanto por aquellos ricos y semiabandonados países. Narbona no pudo resistir al impetu de las huestes sarracenas, y la antigua capital de la Septimania gótica fué convertida en capital de la Septimania árabe. Por espacio de tres años recorrió, segun algunos, por un lado hasta Nimes y el Ródano, por otro hasta el Garona, hasta que le obligó á regresar la noticia de una victoria de los cristianos del Norte de la Península sobre un ejército musulman.

Debió ser el primer triunfo de los refugiados en Astúrias, suceso de que daremos cuenta en lugar separado, así por merecerlo su importancia, como por no interrumpir la narracion cronológica de lo que acontecia en todo el resto de España.

Las injustas exacciones de el Horr y sus violencias contra los alcaides y walíes que no se prestaban á cooperar á sus iniquidades, sobre todo contra los moros y berberiscos, levantaron contra él universal clamor, y movieron al califa Yezid á enviar en su reemplazo á Alsamah-ben-Melek, el Zama de nuestras crónicas, que se consagró á reparar los males causados por



la avidez y la dureza de su predecesor. Hábil y entendido en administracion Alzama, arregló los tributos, hizo una distribucion por suerte de los bienes que habian quedado sin dueños.

Guerrero tambien Alsamah, como todo buen musulman de aquel tiempo, no quiso ceder en gloria militar á ninguno de sus predecesores, y con numerosa hueste avanzó, no ya sólo á la Septimania, sino á la Aquitania misma, centro de los vastos dominios del conde Eudon, y puso cerco á Tolosa. Á punto de rendirse estaba ya la ciudad, cuando acudió Eudon con un ejército considerable. La muchedumbre de los enemigos era tanta, dice un historiador árabe, que el polvo que levantaba con sus piés oscurecia el cielo. Los dos ejércitos se acometieron con el impetu de dos torrentes que bajan de las cumbres: dudosa estuvo mucho tiempo la batalla; corria Alzama á todas partes como un bravo leon; cuando levantaba su espada, fluia la sangre y destilaba por su brazo, pero la lanza de un cristiano le atravesó el cuerpo y le dió el martirio. Con esto desmayó la caballería árabe; el campo quedó sembrado de cadáveres, y los restos del desbaratado ejército se retiraron á Narbona, y nombraron su jefe y emir al valiente Abderrahman el Gafeki, cuya eleccion confirmó el emir superior de África.

No hizo poco Abderrahman en contener á los cristianos de la Galia, y en reprimir á los de la frontera oriental española, que alentados con el triunfo de sus correligionarios de Tolosa se habian removido y alterado. Perdióle á Abderrahman su excesiva liberalidad para con los soldados; repartiales todo el botin, sin exceptuar más que el quinto que la ley mandaba reservar para el califa: amábanle con esto las tropas, pero los jefes le representaron como corrompedor de las costumbres frugales y sencillas de los musulmanes, y bastó para que el emir de África le reemplazara con Ambiza-ben-Sehim, de su misma tribu y familia.

Casi todos los emires comenzaban por organizar la administracion. Ambiza hizo una nueva y equitativa distribucion de los terrenos baldíos entre los veteranos del ejército y los musulmanes pobres que acudian á establecerse en España. Recargaba ó aliviaba el impuesto á

las poblaciones, segun era mayor su sumision ó su resistencia á recibir la ley del islam. Hacía constantemente justicia á todos, sin mirar que fuesen musulmanes ó cristianos, y cuando visitaba las provincias llenábanle los pueblos de bendiciones. Propúsose despues vengar el desastre de Tolosa, é invadió resueltamente la Galia gótica. Carcasona, Beziers, Agda, Magalona, Nimes, todas las ciudades de la Septimania, además de Narbona, que pertenecia ya á los árabes, cayeron en su poder. Penetró hasta el Ródano, y tomó á Lyon; avanzó á la Borgoña, y saqueó á Autun. La conducta de los conquistadores de la Galia era casi idéntica á la que habian observado en España. No imponian el islamismo; dejaban á los cristianos su culto, y el tributo á que los sujetaban era más ó ménos crecido, segun la mayor ó menor resistencia de los pueblos conquistados. Murió no obstante allí Ambiza de resultas de heridas recibidas en un combate (725), designando ántes de morir para sucederle á Hodeira ben Abdallah, cuyo nombramiento no fué ratificado por el emir de África, el cual envió en su lugar á Yahia ben Salemah, hábil y bravo general, pero de un rigor inflexible.

Agriados por la severidad de Yahia, los mismos jefes que habian influido en su nombramiento pidieron luego su destitucion, y el emir de África, condescendiendo á los caprichos de aquellos caudillos, les dió á Hodeifa ben Alhaus, hombre sin talento, que sólo pudo sostenerse algunos meses, y hubo de ser reemplazado por Othman ben Abu Neza, el Munuza de las crónicas cristianas, que á su vez fué pronto víctima de la inconstancia de aquellos turbulentos y descontentadizos jefes, y sustituido á los seis meses por Alhaitam ben Obeid.

Desacertada eleccion fué tambien la de Alhaitam. Su avaricia y sus tiranías con musulmanes y cristianos, sus tormentos, suplicios y confiscaciones le hicieron tan aborrecible, que informado el gobierno de Damasco de sus excesos, hubo de despachar á España á Mohamed ben Abdallah, con la mision de averiguar lo que de cierto hubiese en los desmanes que se atribuian al emir, y de imponerle el conveniente castigo si resultase culpable. Poco tra-



bajo le costó al enviado apurar la verdad: públicas eran sus vejaciones: el tirano fué preso, y despojado de sus insignias de jefe, con la cabeza desnuda y las manos atadas á la espalda, hízole pasear montado en un asno por las calles de Córdoba, teatro principal de sus maldades, embarcándole en seguida cargado de cadenas á África á disposición del emir (723). Así vigilaban los califas de Damasco por la suerte de su nueva dependencia de España, siempre que á tan larga distancia podían llegar las quejas de los oprimidos. Dos meses permaneció Mohamed en España gobernando con justicia y equidad, al cabo de los cuales partió dejando nombrado walí al guerrero Abderrahman, aquel mismo que por su excesiva liberalidad para con los soldados habia sido ántes depuesto. Recibido fué este nombramiento con general aplauso: sólo los berberiscos vieron con enojo su elevacion, porque como árabe que era, distinguía y apreciaba con preferencia á los de su raza. Munuza el africano, revoltoso y altivo, tramó pronto una traicion contra el jefe de pura raza árabe.

Muchas injusticias reparó Abderrahman; afable y justo con cristianos y musulimes, depuso á los alcaldes opresores, y los reemplazó con otros de conocida probidad; restituyó á los cristianos las iglesias que les habian quitado faltando á las estipulaciones, y destruyó las que por soborno y á precio de oro habian permitido levantar de nuevo algunos gobernadores. Empleó los dos años primeros en reconocer y visitar las provincias, y en restablecer el orden por todas partes. Pero lo que hizo célebre á Abderrahman fué su famosa expedicion á la Galia, aunque de fatal resultado para él y para los árabes. Extraordinarios fueron los preparativos; tribus enteras de Arabia, de Siria, de Egipto y de África vinieron á España á alistarse bajo las banderas de Abderrahman para la guerra santa; pero ántes de emprenderla, érale preciso al emir deshacerse de Munuza, que envidioso de sus glorias, de carácter inquieto y díscolo, pero belicoso y bravo, se habia aliado con Eudon, duque de Aquitania, y casádose con su hija. Abderrahman conoció lo que podia temer de Munuza, que ambicionaba su

puesto, si le daba lugar á encender una guerra civil entre los musulmanes, de concierto con su aliado. Despacha, pues, á un jefe sirio llamado Gedhi ben Zeyan, con orden expresa de buscar á Munuza y traérsele vivo ó muerto. Gedhi, en cumplimiento de su mision, marcha al frente de un fuerte destacamento hácia la residencia de Munuza: apenas tuvo éste tiempo para huir con su esposa Lampegia; Gedhi le persigue por los desfiladeros de las montañas: Munuza, fatigado, se detiene á reposar en un fresco y frondoso valle, al pié de una fuente de agua viva que se desgajaba de una roca: el murmullo de las aguas y las caricias de su cautiva bien amada, como la llama el autor árabe, no le permiten oír el ruido de los pasos de su perseguidor: Munuza es sorprendido. Gedhi se apodera de Lampegia, Munuza cae á los golpes de las lanzas, córtanle la cabeza, y llevan ambos presentes á Abderrahman. Admirado quedó el emir de la hermosura de Lampegia; la cabeza de Munuza la envió al califa segun costumbre, exponiéndole las causas que le habian movido á esta rápida ejecucion.

Desembarazado de este rival, Abderrahman se pone en marcha con su grande ejército, el mayor que se habia visto jamas en España bajo los estandartes blancos de los Omniadas. Dirigese por Pamplona y el Bidasoa á los Pirineos, franquea esta inmensa barrera, penetra por los fértiles valles del Bigorra y el Bearnés en los estados de Eudon, duque de Aquitania. El inmenso ejército se derrama como un torrente devastador; Burdeos intenta resistirle, pero es tomada y saqueada; el conde que la defendía cae prisionero, y tomándole por Eudon, los árabes le cortan la cabeza para enviarla á Damasco. Prosigue el ejército sarraceno su marcha terrorosa, pasa el Garona y el Dordoña, y encuentra al fin á Eudon con considerables fuerzas de cristianos. Abderrahman no duda un momento en arremeter á Eudon, y el ejército aquitano queda destrozado. Los sarracenos victoriosos, cargados de botin, marchan sin otro obstáculo que el inmenso despojo, y se presentan delante de Poitiers: penetran en un arrabal y le incendian, pero el centro fortificado de la ciudad se prepara á resis-



tirles. Abderrahman duda si atacar á Poitiers ó marchar contra Tours, cuando vienen á anunciarle que numerosas huestes mandadas por Carlos, hijo de Pepino, duque soberano de los franco-austrasios, marchan á su encuentro unidas con las reliquias del destrozado ejército de Eudon. Los francos y los árabes se encuentran en las vastas llanuras que se extienden entre Tours y Poitiers. Seis dias maniobran los dos ejércitos en presencia uno de otro; al sétimo ú octavo se empeña seriamente el combate; Abderrahman, confiado en su fortuna, acomete el primero impetuosamente con un cuerpo de caballería; la pelea se hace general, horrible la matanza por ambas partes, y pasa el dia sin declararse la victoria. Reempréndese al siguiente dia la batalla; Abderrahman arremete con rabioso brío, y rompe la espesa linea de los austrasios; los robustos soldados del Norte pelean cuerpo á cuerpo con los tostados árabes y africanos.... un tumulto se levanta en las tiendas de los sarracenos: eran las tropas del duque de Aquitania que habian hecho una ir-

rupcion por aquel lado; los árabes, temiendo perder las riquezas de su botin, hacen un movimiento retrógrado para defender su campo; este movimiento introduce la confusion; en vano Abderrahman intenta restablecer el orden; haciendo heroicos esfuerzos cae del caballo atravesado de infinitas lanzas; estaba anocheciendo, y las tinieblas vienen á economizar alguna sangre mahometana. Los árabes se retiran silenciosamente del campo del combate; al dia siguiente los cristianos hallan las tiendas desiertas; los árabes habian ido en retirada hasta Narbona; el famoso Carlos, llamado despues Martell, que quiere decir *martillo*, pone cerco á Narbona, pero los ismaelitas la defienden con valor, y le obligan á levantar el sitio con gran pérdida.

La derrota de Poitiers, acaecida en 732, puso término al engrandecimiento de los árabes en Occidente, y acaso les impidió hacerse los dominadores de toda Europa, que tal habia sido el pensamiento de muchos de sus caudillos.